

rá por completo, porque Siska no querrá casarse jamás con un joven de su condición; y hacedme el favor de decir: ¿qué hay que esperar de todos esos fátuos que la rodean? Tenlais razón, Doctor: una sólida educación flamenca hubiera hecho de mi Siska una hábil, económica y ejemplar ama de su casa: poseería conocimientos mucho más útiles que los que posee: sería piadosa y modesta como antes; pero ¡cómo ha de ser! Le fue preciso ir á un colegio y aprender francés. ¿Y será posible que semejante educación convenga á las hijas de la alta clase? aunque me resisto á creerlo, lo que sé es que causa la completa pérdida de las jóvenes de la clase humilde. Y ¿qué remedio, Doctor? Como vos decís, después del asno muerto...

V

Más vale arrepentirse tarde que nunca

Desde el primer día que volvió á la casa paterna, Siska no hacía otra cosa que lamentarse de todo.

Sus honrados padres no podían hacer na-

da que no fuese vulgar, malo é inconveniente; y la señorita, traviesa como ella sola, manejaba y torcía la voluntad de sus padres como si fuera de cera.

Siska no podía comer antes de las tres, porque su estómago no era un estómago vulgar.

Así que se apercibieron de esta novedad, el padre se encolerizó y la madre tuvo un profundo pesar; ambos habían comido á una misma hora durante toda su vida, y se asustaban con la idea de un cambio tan capital, cambio que debía alterar todas sus ocupaciones; pero Siska empezó á disgustarse y á representar el papel de víctima resignada: de nada le sirvió este recurso, si bien la madre, compadecida, acudió en su ayuda. Entonces Siska fingió un desmayo, tuvo terribles ataques de nervios, y cualquiera, al verla, hubiera dicho que estaba á las puertas de la muerte. Un médico francés, que tenía vastísimos conocimientos acerca de las enfermedades particulares de las jóvenes bien educadas, dijo tantas cosas horribles de los nervios de las mujeres, que los padres de Siska, llenos de ansiedad, resolvieron al instante comer á las tres en punto.

¡Cuántas veces, sin embargo, tendrían que sufrir los rigores del hambre, levantándose siempre de cuatro á cinco de la mañana, y estando en ayunas hasta tan tarde! En cambio, la ociosa Siska no miraba más que su comodidad, ni bajaba de su cuarto antes de las nueve.

¿Y en cuanto á la cocina? ¡Oh, qué miserable cocina la de su casa! ¡Siempre patatas, coles de Saboya y carne cocida ó asada! ¡De vez en cuando Siska se encontraba tan débil!... Era preciso darla un pichoncito ó algún otro plato por este estilo, que conviniera más á su gusto y le sentara mejor. Sus bolsillos estaban siempre llenos de pastillas de menta y de limón, y no sin motivo, porque la pobre criatura padecía mil enfermedades: dolor de estómago, dolor de corazón, dolor de cabeza, excitación de nervios... ¡Oh, desgraciada joven!...

No puede ir con su madre á la misa de las seis: en invierno hace mucho frío; en el verano no quiere encontrarse entre gentes ordinarias que asisten á ella; esto podría indisponerla. La misa mayor es muy larga; se le enfriarían los pies sobre las baldosas azules. La que más le conviene es la misa del cuarto de hora (1): en ella ve, además, hermosas *toilettes*, que se promete imitar. Al salir de la iglesia puede pasear un buen rato, y lucir su traje en la plaza y entre la juventud elegante.

Como consecuencia de todo esto, ha obligado á su anciana madre á sustituir su gorra de encajes con un sombrero de seda, y sus zapatos con unas botitas que la molestan; de otro modo, no hubiera consentido salir con ella.

(1) Todos los domingos á las doce se dice en la catedral de Ambéres una misa, llamada *de cuarto de hora*, porque apenas dura este tiempo: asisten á ella los que se levantan tarde ó quieren hacer ostentación de vistosos trajes.

Pero ¡qué aspecto tan lastimoso presentaba Mme. Van-Rosmal bajo su techo de cartón! Continuamente se estrujaba las orejas^t que no podían acostumbrarse á la presión del sombrero, y no podía dar tres pasos sin sacudir los pies, que se le entumecían á cada momento; los cordones de sus botas no podían avenirse con sus piernas.

¡Pobre mujer!

Los vecinos se burlaban lastimosamente de ella, y la infeliz sudaba, como suele decirse, la gota gorda, queriendo, en su confusión, que la hubiera tragado la tierra.

Pero todo lo sufría por su hija y devoraba su dolor en silencio.

En cuanto á maese Van-Rosmal, todavía estaba más atormentado que su mujer por la caprichosa Siska: había sido siempre el dueño absoluto de su casa, y dirigía sus negocios con tanta prudencia, que en toda su vida se habían torcido una sola vez.

A la sazón preveía que todo se le iba á embrollar, pero no tenía el derecho de hacer observación alguna: lo que le parecía bueno, su hija lo condenaba; y algunas veces se atrevía á decir que su padre tenía las ideas muy limitadas.

Si el infeliz tomaba á mal la opinión de su hija, toda la casa se ponía en conmoción; él por un lado, Siska y su madre por otro.

Ya se sabe, desde el momento que se trata de discutir y cuestionar, el hombre no es más que un niño impotente, comparado con la mujer: convierte su sangre en veneno; da

unos cuantos puñetazos sobre una mesa; rechina un poco los dientes... ¿pero ha sido jamás su palabra la última?

El doctor Pelkmans tenía tantas quejas de la familia Van-Rosmal, que había tomado aversión á su casa y temía como al fuego poner en ella los pies.

Maese Van-Rosmal no podía acostumbrarse á las cuestiones y á las disputas: estimaba la paz como la felicidad mayor de la tierra, y por esta razón acabó por dejar que se hicieran muchas cosas contra su gusto, á fin de evitar discusiones, que además concluían siempre por ser inútiles.

A pesar de esto, la eterna violencia que tenía que hacerse, y el repentino cambio que sobrevino en la marcha de su casa, llenaron su alma de una profunda tristeza, y con alguna frecuencia sucedió que alguno de sus conocidos le saludó en estos términos:

—¿Qué delgado estáis, Van-Rosmal! ¿Habéis estado enfermo?

Van-Rosmal había conseguido hasta entonces hacerse fuerte en un solo punto: en lo tocante á las diarribas continuas que Siska dirigía contra la humilde tienda que sus padres habían heredado de los suyos, y á la que debían el bienestar y la riqueza.

Siska no cesaba de dar á entender que todo el almacén debía reformarse; pero Van-Rosmal se hacía el sordo, y para conseguir la joven su objeto necesitaba emplear muchos artificios y vencer no pocas dificultades.

Maese Van-Rosmal había sido educado de-

trás de aquel viejo mostrador: allí se hallaba todavía la silla en que su madre le había medido dándole el pecho: el pobre anciano, antes de saber hablar, había conocido á los barriles de los *hors d'œuvres* y á las cajas de pasa y conservas, que aún servían para guardar sus mercancías: no había en la vetusta anaquelaría de la tienda una grieta, una marca que no le trajese un dichoso recuerdo: mostrándole la alcancia donde guardaba sus ahorros de muchacho, le había dirigido su padre la víspera de su muerte una larga serie de reflexiones y consejos sobre la economía, que habían quedado grabados para siempre en su memoria: las manchas oscuras de un barrilito verde que había en un armario habían sido impresas por sus manecitas de niño; de él veía sacar á su buena madre el terroncito de azúcar que le daba al levantarse, y cuando ésta despachaba á sus parroquianos, él se forzaba en abrirle para tomar más azúcar: en un barquito de madera que pendía del techo había grabadas dos letras: J. S.... significaban JUAN, SISKKA, y las grabó él en memoria dulce de su primero, de su único amor: aquella tienda era la patria, el universo de maese Van-Rosmal: todo lo que había en ella formaba parte de su existencia.

Larga tarea sería enumerar los torrentes de lágrimas que Siska tuvo que verter, los ataques de nervios y desmayos que tuvo que sufrir para quebrantar la inflexible voluntad de su padre y obtener de él que la tienda fuese restaurada á la francesa.

Todo este vorgonzoso, culpable y cruel manejo duró un año entero: ¡doce interminables meses de querellas, de pesares domésticos, de dolores para los padres de Siska, se pasaron antes que el anciano Van-Rosmal inclinase su enanecida cabeza como un soldado vencido y dijese á su mujer y á su hija con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Haced lo que queráis!

¡Ay, estas palabras, que le destrozaron el corazón, hirieron á la par su espíritu y su cuerpo!

Con una rapidez espantosa se le vió languidecer, volverse pálido, debilitarse de día en día, y avanzar precipitadamente hacia el sepulcro, devorado por un mal misterioso. Algunas veces temblaba Siska como la hoja en el árbol, cuando los tristes ojos de su anciano padre le dirigían una mirada acusadora; pero el pobre hombre había llegado al último límite de sus fuerzas: se hallaba anquilado por un año de resistencia, y nada decía, limitándose á contemplar fija y dolorosamente á los obreros ocupados en trastornar su querida tienda; vió desaparecer sucesivamente todos sus hermosos recuerdos, y á medida que los borraba la brocha del pintor ó el cepillo del carpintero, su respiración era más penosa, y se abreviaba rápidamente su vida.

Bien pronto la modesta tienda fue transformada en un soberbio almacén; el bronce brillaba por todas partes, sobre el mostrador se veían algunos ángeles pintados, que se

ocupaban en moler café, en fumar y en pesar tabaco; las vidrieras eran enormes, y estaban cubiertas de inscripciones á la francesa; el gas alumbraba aquella magnífica decoración; una joven y un muchacho, dependientes de la tienda, estaban con los brazos cruzados detrás del mostrador, y Siska, ó mademoiselle Eudoxia Van-Rosmal, se hallaba sentada sobre un alto taburete, al lado del escaparate, leyendo una novela de un autor francés.

Tal estado de cosas duró algún tiempo, aumentando las penas del desgraciado padre; pero éste llegó al fin á parecer indiferente á todo, hasta á la amistad de Spinael, quien, siguiendo los consejos de Van-Rosmal, había emprendido el comercio de cueros, y había ganado en poco tiempo tanto dinero, que podía haberle devuelto fácilmente sus mil florines, si el padre de Siska no hubiese rehusado obstinadamente aceptarlos.

Por consecuencia del desorden que reinaba en la tienda de Van-Rosmal, y que iba agotando sus fondos, cayó éste enfermo y se vió obligado á guardar cama; pero como no se quejaba de mal alguno, se creyó, ó se quiso creer, que lo que tenía era una ligera indisposición, y todos se contentaron con cuidarle con algún esmero.

Una mañana ordenó el infeliz anciano que fuesen á buscar al doctor Pelkmans y á su amigo Spinael.

Este último se hallaba aquel día en Colo-

nia, donde le habían llamado algunos asuntos de su comercio: el Médico acudió en seguida al llamamiento.

Largo rato permaneció solo con el enfermo, y nadie supo lo que ambos hablaron: al cabo de una hora se oyeron en la escalera los pasos del Doctor, y éste apareció en el umbral del almacén; su venerable semblante estaba cubierto de una palidez mortal: sus ojos brillaban de indignación, y sus labios temblaban como si fuera presa de una violenta cólera: bajo su capa se veían sus puños violentamente apretados; desde su entrada en la tienda, sus ojos irritados se habían dirigido como una acerada flecha hacia Siska.

Pasó lentamente por detrás del mostrador y se adelantó hacia la joven: ésta, llena de inquietud y de ansiedad, extendió sus manos como para separar de su vista aquella severa aparición; pero el Doctor la asió por el brazo y exclamó con acento terrible:

—¡Vuestro padre va á morir, y vos sois la causa!

Siska dejó escapar un grito desgarrador: se levantó como sacudida por una conmoción galvánica, y volvió á caer sin sentido sobre su silla.

El Doctor salió de la tienda y fue á buscar á un Sacerdote para que trajera el Viático, y con el cual se dirigió junto al lecho del enfermo.

Cuando el anciano hubo recibido los inefables consuelos de la Iglesia, y el sacerdote

desapareció, dijo con un profundo suspiro:

—Doctor, quisiera ver á mi hija... á mi Siska... Perdonadla y no la afijáis con palabras demasiado duras.

—Voy á buscarla,—contestó el Doctor;—pero es preciso imponerla un castigo... quizá de este modo pueda un día descender desde lo alto del cielo vuestra mirada sobre vuestra hija virtuosa y arrepentida.

El Doctor pasó al cuarto de la joven: la madre y la hija se hallaban allí llorando amargamente, con el rostro entre las manos: el desgarrador dolor de Siska hubiera enternecido á un corazón de piedra: sollozos, gritos y gemidos se escapaban de su seno. ¡Oh, esta vez no era fingida su desesperación!

Las palabras fulminantes que el Doctor pronunciara, como el anatema de Dios ofendido, habían arrancado violentamente el velo que la cegaba: el dictado de parricida estaba ante sus ojos en letras candentes y quemaba su alma como una centella del fuego infernal que la esperaba.

El paso fuerte del Doctor le hizo levantar la cabeza con espanto: al verle creyó contemplar al Ministro de las venganzas celestes; los ojos del anciano penetraron hasta el fondo de su alma: bajo aquella mirada Siska sintió que sus fuerzas desfallecían y que un temblor glacial heleba la sangre en sus venas... Arrancóse al fin á esta fascinación, se lanzó hacia el Doctor, cayó de rodillas á sus pies, y levantando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Vuestra cólera es justa!... ¡Yo soy una culpable y miserable criatura!... ¡Pero, en nombre de mi padre moribundo, piedad, piedad para mí!

Dos lágrimas se deslizaron por las mejillas del Doctor; sus facciones perdieron de repente su airada expresión para no guardar más que la de una tristeza profunda; aproximóse á la joven, la tomó de la mano y la dijo, sin levantarla del suelo:

— Siska, degraiciada niña, habéis ofendido terriblemente á Dios, porque Dios ha dicho: *ama á tu padre y á tu madre*, y vos ¿qué habéis hecho? No, no temáis, prosiguió al ver á la joven temblar y desfallecer: no pronunciaré el terrible dictado que habéis merecido: aún hay un medio de reconciliaros con Dios y con vuestro padre: venid; ¡éste agoniza ya y os llama! ¡Pero tened presente que si deja este mundo sin llevar la convicción de que estáis arrepentida, si espira sin consuelo, sin paz, sin esperanza de vuestra enmienda, Siska, la maldición de Dios os perseguirá hasta más allá de esta vida!

Por amargas, por dolorosas que fuesen para su corazón estas palabras, Siska pareció recobrar algún valor: besó la mano del Doctor, se levantó y corrió al cuarto de su padre, exclamando:

—¡Gracias, señor, gracias, y Dios os pague el inefable consuelo que os debo al permitirme que me despida de mi padre!

Cuando Siska entró en la alcoba de Van-Rosmal, éste apenas respiraba ya; no obs-

tante, al contacto del desesperado abrazo de su hija, aún pudo sonreír y apoyar su descarnada mano en la cabeza de la joven: ésta, lívida de espanto, con los cabellos destrenzados y lanzando gritos desgarradores, se dejó caer de rodillas al lado del lecho, dando señales de una verdadera demencia.

La vanidad había huido; el amor filial traía el arrepentimiento, tardío, inútil, y por lo mismo más terrible.

¡El padre va á morir; pero mirad: una expresión de inefable felicidad hace parecer al de un santo su rostro venerable y enflaquecido por largas penas!... ¡Sus ojos empiezan á apagarse, y á pesar de eso, se fijan con amor en su hija!

Siska, arrodillada, cubre de besos la mano del pobre anciano, y exclama sin dejar de sollozar:

—¡Perdón, padre mio, perdón!... ¡Yo seré otra: cuidaré á mi madre; seré modesta, humilde, laboriosa! ¡No me dejéis así!... ¡No os vayáis al cielo sin haberme perdonado!...

Los labios del agonizante se entreabrieron y murmuraron estas palabras:

—¡Yo bendigo mi muerte si ella puede curarte de tus errores, hija mía!... ¡Yo también soy culpable de debilidad, porque no supe educarte!... ¡Pero te amaba tanto!... ¡Perdonada quedas!... ¡Ruega á Dios por mi alma, para que suba pronto al cielo!...

Madama Van-Rosmal se inclinó sobre su marido; los sollozos la ahogaban; ¡madre infeliz! Su extremada condescendencia para

su hija era el origen de todos sus males, y perdía al compañero de toda su vida.

Este la estrechó la mano, alzó al cielo sus ojos, y en el momento en que el alma inmortal desplegaba sus alas para dejar el cuerpo, balbuceó:

—¡Siska!... ¡hija mia! ¡bendita seas!... ¡bendita seas!...

La antigua tienda de Van-Rosmal se halla hoy cerrada.

La madre y la hija viven en la más completa soledad; ambas recuerdan, con un dolor que no se amengua nunca, la causa de sus desgracias, y añaden á su letanía de cada noche este versículo:

¡De la inmoralidad francesa, libranos, Señor!

Si queréis ver á Siska Van-Rosmal, id un viernes á las seis de la mañana á la iglesia de los Dominicos de Ambéres, abrid la puerta de la derecha, atravesad la empalizada del antiguo cementerio hasta una bóveda situada debajo del calvario y consagrada á las almas del Purgatorio: allí encontraréis á una joven arrodillada y enteramente envuelta en una capa negra, cuya capucha cae sobre su rostro; si escucháis con atención, oiréis pasar entre sus dedos las cuentas de un rosario, y de tiempo en tiempo un profundo suspiro que se escapa de su pecho;

miradla levantarse al cabo de una hora, llevar el pañuelo á los ojos para enjugar sus lágrimas, salir lentamente del cementerio, y podéis decir con seguridad que habéis visto á Siska Van-Rosmal.

Ninguna proposición de casamiento ha querido aceptar, y vive sólo para su madre, y para la oración, por medio de la cual habla con su padre, mártir de su vanidad.

No os enseñaremos á la hija de Spinael: se halla en uno de esos lugares que no se pueden nombrar; en cuanto á su hermano, está en una de las cárceles de Francia, que ofrecen seguro asilo para los bribones, falsarios y estafadores.

FIN